

NOTAS SOBRE DIALOGO Y LIBERTAD EN LA IGLESIA

F. LARA S. I.

“Libertad y opinión pública”, “el diálogo entre el episcopado y el clero”, “opinión pública en la Iglesia”, “la Iglesia en diálogo”...

Titulares con este corte vienen multiplicándose en revistas, periódicos, alocuciones..., y tendrán que seguir repitiendo su estribillo hasta que la fuerza creadora de la palabra y el pensamiento vayan tomando cuerpo en realizaciones concretas, en formas vivas de comportamiento.

El Concilio ha renovado una teología de la persona humana —y digo “renovar” porque el hombre como “imagen de Dios” tenía ya su dimensión en páginas muy antiguas de la Biblia—, y esta teología del hombre y del pueblo de Dios redescubierta ha llevado a nuevos planteamientos de viejos y nuevos problemas.

Hablar de diálogo supone haber comprendido la necesidad de superar unas fórmulas impositivas, de coacción y dominio, de tensión de fuerzas enemistadas, de intransigencia.

Diálogo con las Iglesias separadas, diálogo con otras religiones, con los ateos, con la ciencia y la cultura y el mundo moderno..., son expresiones que entendemos más fácilmente como una superación de actitudes que han tenido su explicación en la historia. “La Iglesia del Concilio ha mirado al mundo un poco como Dios mismo miró, después de la creación, su obra admirable e inmensa. Dios, dice la Escritura, vio que todas las cosas que El había creado eran buenas (...). El Concilio ha querido considerar las cosas con una inmensa admiración, con un gran respeto, con un amor generoso...” (Pablo VI en alocución dirigida a los miembros de la nobleza el 13 de enero). La Iglesia, “de una manera que contrasta en parte con la actitud que marca ciertas páginas de su historia”, debe aceptar y abrirse al diálogo con el mundo en el que la Providencia nos ha hecho vivir. “Y éste es un hecho histórico de una importancia extraordinaria”.

Monseñor Huighe —en una intervención largamente aplaudida durante la 3.^a sesión conciliar— expresaba otra faceta en que este mismo espíritu debía manifestarse —exigía manifestarse— en su total claridad y con mayor urgencia:

«Si la Iglesia quiere comenzar a dialogar con los hombres debe empezar por ser ella misma una comunidad de dialogantes. Muchas veces la Iglesia aparece más como una administración social en la que unos mandan y otros obedecen, que como una comunión de personas, pueblo de Dios ante todo, y después —sólo después— jerarquizado.

Esta congregación de dialogadores debe vivir la libertad de los hijos de Dios como su primera ley. Y no siempre esto ha sido así (...). Habrá, pues, que revisar la noción de la autoridad y borrar de ella todo cuanto huele a dominación. Y acentuar en cambio los diálogos... Sólo cuando hayamos creado un clima de amistad y confianza dentro de la Iglesia estaremos preparados para dialogar con los de fuera.

Movidos por este espíritu la palabra "servicio" —autoridad como sinónimo de "servicio a los hermanos"— viene repitiendo su eco y realizando esa purificación evangélica en la conciencia de los hombres e instituciones de la Iglesia. "Servicio" y "en diálogo" son actitudes que encontramos mucho más cercanas como formas básicas de realización de la autoridad en la Iglesia, en esta comunidad de hermanos que tiene por precepto el amor y como alma de todos y cada uno de sus miembros al mismo Espíritu Santo.

La Colegialidad de los Obispos junto al Papa, el presbiterio junto al Obispo, los criterios que inspiran bastantes párrafos de los decretos conciliares sobre la responsabilidad y acción de laicos, sacerdotes y religiosos, iluminan la dignidad y participación responsable y adulta de todos en la marcha de este pueblo de Dios, y sin que ello venga a eclipsar un profundo sentido de la autoridad y la obediencia.

Y la palabra empieza a hacer historia

CHILE. El cardenal Silva Enriquez ha constituido tres consejos en su diócesis: sacerdotes (28), religiosas (7) y laicos (18). La misión de los tres consejos es ayudar al cardenal en la dirección de su diócesis y se reunirán regularmente.

SEVILLA. El cardenal Bueno Monreal anunció la elección del Consejo del presbiterio diocesano. Constará de cuarenta miembros: veinte elegidos por los sacerdotes de los grupos o zonas más importantes de la diócesis, y veinte por elección general entre todo el clero. (El Ciervo, núm. 145).

MILWAUKEE (USA). Monseñor Cousins ha convocado una reunión de los 45 sacerdotes que trabajan en el barrio pobre de la ciudad donde viven los 80.000 negros que hay en ella. Sois vosotros —les ha dicho— los que tenéis que decidir los compromisos de vuestra actuación, puesto que vosotros conocéis la situación mucho mejor que cualquiera. Vuestra experiencia debe proveeros de una base sólida para un programa abierto y fecundo. El obispo les ha pedido que constituyan un Consejo especial para este efecto, el cual gozará de plena libertad de acción. Monseñor Cousins ha dicho más tarde a los periodistas que él espera que algunas de las decisiones que serán tomadas por este consejo podrán diferir de lo que él piensa; en tal caso, él podrá publicar una declaración contradictoria con la acción del Consejo, pero asegura que no usará su autoridad para bloquear esta acción.

DETROIT. En el mismo espíritu el arzobispo de Detroit emprende la tarea de "romper el hielo" con su clero. Ha encargado a sus 750 sacerdotes un estudio general de la vida de la diócesis, que iría desde el concepto teológico de la parroquia a las posibilidades prácticas de diálogo del clero con el arzobispo. A la vez ha consultado también a los laicos sobre los mismos temas.

Como fruto de frecuentes reuniones se han enviado a todos los sacerdotes cuestionarios sobre diversos problemas. Los resultados de la encuesta han expresado el deseo de un mayor acercamiento entre los sacerdotes y su obispo. Desean con él contactos más francos y desprovistos de ceremonial. En relación con los laicos existe un sentimiento general de que se deben romper las barreras entre sacerdotes y fieles. Es necesario de parte del sacerdote manifestar una actitud de servicio más que gobernar la parroquia con exclusión del pueblo.

* * *

En un orden internacional y nacional, y a esfera diocesana, de comunidades religiosas, de obras y organizaciones apostólicas, se va abriendo paso de forma ostensible este mismo espíritu que impulsa a la Iglesia de nuestros días. (También junto a él actúan las trabas y recelos que interfieren siempre la acción del Espíritu de Dios en los hombres). Y es que el Concilio ha roturado ya caminos definidos. Transcribo de algunos textos como confirmación y estímulo:

"Los seglares, como todos los fieles cristianos (...) han de hacer saber —a sus pastores—, con aquella libertad y confianza dignas de los hijos de Dios y de los hermanos en Cristo, sus necesidades y sus deseos. En la medida de los conocimientos, de la competencia y del prestigio que poseen, tienen el derecho y la obligación de manifestar su parecer sobre aquellas cosas que dicen relación al bien de la Iglesia. Hágase esto, si las circunstancias lo requieren, mediante instituciones establecidas al efecto por la Iglesia, y siempre con veracidad, fortaleza y prudencia..." (constitución sobre la Iglesia, núm. 37).

"La Iglesia, en virtud de la misión que tiene de iluminar a todo el orbe con el mensaje evangélico y de reunir en un solo espíritu a todos los hombres de cualquier nación, raza o cultura, se convierte en señal de la fraternidad que permite y consolida el diálogo sincero.

Lo cual requiere, en primer lugar, que se promueva en el seno de la Iglesia la mutua estima, respeto y concordia, reconociendo todas las legítimas diversidades, para abrir, con fecundidad siempre creciente, el diálogo entre todos los que integran el único pueblo de Dios, tanto pastores como fieles. Los lazos de unión de los cristianos son mucho más fuertes que los motivos de división entre ellos. Haya unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, caridad en todo". (Constitución sobre la Iglesia en el mundo moderno, núm. 92).

"Muy de desear es que en cada diócesis se instituya un consejo especial pastoral del que formen parte clérigos, religiosos y laicos". (Sobre el deber pastoral de los obispos, núm. 27).

"Por razón de esta comunión en el mismo sacerdocio y ministerio, tengan los obispos a los presbíteros como hermanos y amigos suyos..., oíganlos..., consúltenlos y dialoguen con ellos sobre las necesidades del trabajo pastoral y el bien de la diócesis". (Sobre el ministerio de los presbíteros, núm. 7).

"...los que son de edad más avanzada reciban a los jóvenes como a hermanos..., esfuércense en comprender su mentalidad, aunque diversa de

la propia, y miren con benevolencia sus empresas. Los jóvenes, por su parte, respeten la edad y experiencia de los viejos". (Sobre el ministerio de los presbíteros, núm. 8).

"Una renovación eficaz (de la vida religiosa) y una recta acomodación sólo pueden obtenerse por la cooperación de todos sus miembros... Los superiores consulten y oigan de modo conveniente a sus hermanos..." (Decreto sobre la renovación de la Vida religiosa, núm. 4).

"Los superiores... ejerzan su autoridad con espíritu de servicio a sus hermanos... Gobiernen a sus súbditos como a hijos de Dios, y con respeto a la persona humana, fomentando su sumisión voluntaria... y en la aceptación de las empresas cooperen con obediencia activa y responsable. (Decreto sobre la renovación de la vida religiosa, núm. 14)".

La Encíclica ECCLESIAM SUAM de Pablo VI nos proporcionó ya una definición —y consagración— del diálogo en la Iglesia: Dialogar es "declarar la paz"; y sus condiciones de existencia: espíritu abierto, pobreza aliada a un amor al progreso y vida interior.

"Es necesario escuchar la voz y, más aún, el corazón del hombre; comprenderle, respetarle y, siempre que lo merezca, avanzar en su sentido". Queda claro que "el clima del diálogo es la amistad, o mejor, el servicio". Y que este es el espíritu que ha de animar y transformar a los hombres y las instituciones de la Iglesia para estar dispuestos a entablar un auténtico diálogo con la comunidad universal de los hombres.



«La Iglesia debe entablar diálogo con el mundo en el que tiene que vivir. La Iglesia se hace palabra. La Iglesia se hace mensaje. La Iglesia se hace coloquio».

(Encíclica «Ecclesiam suam», núm. 60)

«La Iglesia... se convierte en señal de la fraternidad que permite y consolida el diálogo sincero.

Lo cual requiere, en primer lugar, que se promueva en el seno de la Iglesia la mutua estima, respeto y concordia, reconociendo todas las legítimas diversidades para abrir, con fecundidad siempre creciente, el diálogo entre todos los que integran el único pueblo de Dios, tanto pastores como fieles».

(C. I. M. M., del Vat. II, núm. 92)